

Las abejas

Jennifer Zambrano⁶

Era terrible de ver. Cientos de abejas sobre la ventana de la sala, posadas en largas hileras, inmunes al aerosol que lanzábamos. No se movían ni un centímetro y desde el comedor se podía escuchar el sonido de asmático que hacían, como ronroneo de gato, como un coro atemorizante. Marta y yo nos refugiamos en la cocina y le dimos la espalda al ruido. Y también al problema. Empezamos a hablar sobre qué hacer para la cena, si huevos revueltos o pollo. Al final nos decidimos por algo rápido, galletas con miel, para no tener que bajar tanto la guardia mientras cocinábamos. Comimos despacio, pretendiendo que en poco tiempo todo se solucionaría y, en cierto momento, llegamos a olvidarnos de que los insectos habían invadido nuestra casa.

Pero solo fue por poco tiempo, hasta que vimos a una de ellas volando alrededor del foco de la cocina. Una sola. Decidí golpearla con la escoba, matarla, pero era demasiado rápida. Escapó de mi ataque y regresó con las demás que continuaban en el mismo sitio. Apagué el foco pensando que quizá era una forma de mantenerlas a distancia. Marta me preguntó cómo habían entrado tantas y le dije que no sabía pero que pronto estaría aquí el exterminador.

Me miró, dudando, luego preguntó, preocupada,

119

6 Guayaquil, 1995. Estudiante de noveno semestre de Literatura en la Universidad de las Artes. Sus textos aparecen en antologías de cuento ecuatoriano como *El despertar de la Hydra* (La Caída, 2017). Su cuento "La palabra olvido" obtuvo el segundo lugar del I Concurso Universitario de Cuento "Libre Libro" 2018 y fue publicado en la recopilación *Última hora* (UArtes Ediciones, 2018).

si las abejas estaban en peligro de extinción.

—No sé, ¿qué importa?

Se sentó en el piso, yo también. Permanecemos en silencio algún rato en que ella comenzaba a jugar con sus dedos. Los entrelazaba, los movía frenéticamente para después formar figuras —un cono invertido, una esfera—. Yo observaba con atención cada detalle pensando en que podía tener algún significado para la psiquiatra, como cuando Marta cambió los dibujos de animales muertos por mujeres degolladas, doctora, no parece normal esta niña, a veces me da miedo, dice cosas extrañas, cosas que normalmente no dicen los niños, no sé qué hacerle, por eso se la traigo, y creo que me odia, doctora, sí, yo sí lo creo, pero quién sabe qué se le pasará por la mente.

Apareció frente a nosotras otra abeja. La miré con precaución, alcanzando el palo de escoba. Marta volvió a hablar:

120

—¿Qué hacen las abejas? Como las hormigas que dispersan semillas...

—No sé, Marta, no sé.

La abeja había avanzado hasta la refrigeradora y estaba posada sobre la puerta del congelador. Me acerqué despacio y la fulminé. Marta, en lugar de regresar a mirar cuando le dije que la había matado, se recostó en el piso, en posición fetal, y cerró los ojos como si fuese a dormir. A los pocos minutos supe que de verdad estaba dormida y me percaté de que el ruido de las abejas había desaparecido por completo. Entonces, por pura curiosidad, quise salir, ir a la ventana, observar de nuevo sus cuerpos pequeños sobre la malla metálica.

Al entrar me di cuenta de que ya no estaban allí, sino que se habían dispersado por toda la sala. Volaban sobre el televisor, sobre los muebles, encima del ventilador, en los focos, se

habían convertido en un humo sólido que envolvía todo en el lugar. Regresé rápidamente al lado de Marta y cogí el spray para fumigar por encima de nosotras, en el espacio entre la cocina y la sala. Algunas de las abejas se metían, a pesar de mis esfuerzos, a la cocina, para dar vueltas por las ollas, por los platos donde quedaban rastros de la miel que merendamos.

Salió un gemido de mi boca cuando rocié a la última abeja de la cocina. Marta se despertó en ese momento, observó el suelo, los cuerpos caídos.

—Mamá, ¿sienten dolor las abejas?

Asomó un enjambre que cubrió el techo de la cocina, con su sonido insoportable, copando el aire que Marta empezaba a respirar con dificultad. Las paredes se teñían de oscuro, de la piel de los insectos, piel dorada de abejas perversas. ¿Eran malas las abejas? ¿Sentían dolor las abejas?

El spray se iba agotando y parecía que nos envenábamos nosotras también al intentar matarlas. Marta estaba impaciente. La tomé por lo hombros, la agité, no soportaba estar encerrada con ella, ojalá estuviese sola, sin hija a la que cuidar, a la que llevar al psiquiatra por repentinos brotes depresivos que no comprendía. Por qué se deprime la niña, doctora, si todo tiene, todo le doy, nunca le ha faltado una sola cosa, lo hace para joderme, eso es, doctora, no me mienta, que yo la parí, yo sé de qué pata cojea esta niña, esta mocosa, doctora, usted no sabe, yo no la quería, ojalá se..., ojalá no la hubiese..., pero no, estábamos encerradas juntas en la cocina y yo tenía que pensar en una solución rápida para el ataque de asma que Marta estaba teniendo por el pánico, por la intrusión de las abejas en nuestro lugar seguro, por el olor demasiado fuerte del spray que, poco a poco, las hacía caer, para retorcerse en el suelo, abejas letales que no paraban su bulla.

—Ma-ma-má.

Calmé a Marta con las recomendaciones que los doctores me habían obligado a aprender de memoria, junto a los ejercicios sobre respiración correcta que la psiquiatra sugirió para la ansiedad. Marta volvía a tranquilizarse, a mirar hacia el techo, hacia mí mientras me levantaba para seguir cazando las abejas que se iban concentrando en la cocina. El ruido iba en aumento.

—Las abejas mueren cuando pican a alguien.

—Si no vas a ayudar mejor te callas.

Marta no se movió, continuaba tirada en el piso, detrás de donde yo me había parado. Yo parecía su escudo, me había interpuesto entre ella y las abejas, simulando mi nula maternidad, jugándome el pellejo por la hija que no había querido, que era idéntica a mí, que me hacía pagar setenta dólares por sesión a una psiquiatra que en lugar de analizarla a ella terminaba recomendándome pasar más tiempo juntas para que surgiera el cariño que no hay. A Marta, sin embargo, estas cosas no le importaban y, desde la esquina, me miraba, con sus ojos vacíos, como siempre había hecho, ojos de miedo, doctora, son oscurísimos, ojos que usa para ver en las madrugadas porque esa niña no duerme, parece sonámbula, zombi, pasa mirando hacia la calle, doctora, aunque a veces duerme en la cocina, se tira al suelo y ahí queda, en pleno piso, doctora, ¿por qué será?, también a mí me pasaba de pequeña, me daba miedo el resto de la casa.

Escuché el timbre y, aprovechando que ya no quedaban muchas abejas en la sala, corrí hacia la puerta. Los exterminadores vestían de blanco, estaban cubiertos en su totalidad, y me hablaban por unas mallas diminutas que tenían en el rostro. Luego de explicarles la situación, se dirigieron a la cocina, yo esperé afuera, con los vecinos

que iban formando un cerco alrededor de la casa. Al poco tiempo regresó uno de los exterminadores acompañado por Marta. La dejó a mi lado y volvió él solo adentro. Las dos nos quedamos de pie frente a la casa, imaginando lo que esos hombres harían allá adentro, y Marta decidió sentarse en el suelo, jugar de nuevo con sus dedos —más formas de cono invertido, de esfera—, preguntándose, probablemente, si acaso eran verdaderamente malas o si sentían dolor las abejas.

Dos días después pudimos regresar a casa, al silencio culposo en el que se había sumido. Marta no me miraba, tampoco respondía cuando yo le hacía una pregunta. Esa madrugada desperté de una pesadilla que no recordaba y fui a la cocina, pensando en quedarme a dormir ahí, en el piso helado, mirando las vigas como si fuesen nubes raras en medio del cielo oscuro. Antes que yo, Marta había llegado ahí y estaba profundamente dormida en la esquina en la que antes habíamos estado arrinconadas por las abejas. Caminé a la refrigeradora, tomé un vaso de agua, seguía mirando el cuerpo inmutable de la que era mi hija, su respiración que hacía elevar y descender su pecho, las migajas de comida en el borde de su boca. No había una sola cosa de ella que no me disgustase. Doctora, no es mi culpa si no la quiero, esa niña no se hace querer, no tiene nada bueno, solo sabe mostrar las garras.

Al salir de la cocina vi que cerca del cuerpo de Marta había un bulto pequeño, una especie de mancha que terminó siendo el cuerpo de una abeja. Ya estaba muerta, claro, no hacía ruido, no se movía, su cuerpo estaba tieso y, mirando a Marta que empezaba a respirar con dificultad, en lo que parecía otro ataque, haciendo casi el mismo sonido escabroso de las abejas, reconocía yo en ese cuerpito inerte, asesinado, que sí, que las abejas sentían

dolor, y ojalá el sonido que retumbaba en las paredes no fuese el de la respiración de Marta sino el de esa diminuta abeja que jamás comprendería por qué vino al mundo, por qué tuvo que llegar junto a mí, que quería deshacerme de ella, con mis propias manos de ser posible, pero que me detenía por el miedo, doctora, por el miedo a mi propia muerte, pero sí, sí sienten y no creo que me importe, no me importará después de esta noche, y volveré a creer en su inmundicia, querré matarla, olvidarla, sobrevivirla, sobre todo eso, doctora.

Ojalá no sintieran.

Ojalá no sintieran las abejas.